

EL muchacho es ya un aprendiz. Aprendiz de médico, de encuadernador, de alfarero, lo mismo da. Quiero decir que está un peldaño más arriba que el estudiante, en la escala de la actividad productora. Porque el estudiante no ejercitaba más que el espíritu, y el aprendiz ya ejercita toda la vida.

Cada vez que encuentro un buen aprendiz, en un oficio cualquiera, se me van solas las manos al apretón. «¡Bravo, muchacho!—me viene gana de decirle.—¡Bravo, amigo gentil! He aquí que tú te preparas larga, laboriosa, obstinadamente, a una competencia. Cualquier competencia es

una manera de distinción, porque te hace, en un orden determinado de funciones, superior y distinto a los demás. Cualquier profesión es una aristocracia. Tú, amigo aprendiz, cuando alcances la maestría en tu oficio, te convertirás con eso en un aristócrata. Más aristócrata que el señor ministro de Fomento, pongo por caso. Porque el señor ministro de Fomento no ha tenido, para el trabajo que hoy se le encomienda, ninguna técnica preparación: es en él un recién llegado, un advenedizo. En tanto que tú sólo pasarás a maestro mucho más tarde, y previa una colaboración del Tiempo con la Heroicidad. Y el fruto de la unión del Tiempo con la Heroicidad, se llama Nobleza.»

El mal de las modernas democracias no es tanto que en ellas no esté representado el espíritu de los marqueses, como que no lo esté el espíritu de los encuadernadores, de los alfareros, de los herreros, de los médicos, de los curtidores, de los artistas,

de los maestros de escuela, de los maestros sastres y de los maestros plateros. Bandas amorfas de hombres de profesión improvisada, indeterminada, múltiple o no muy conocida, deciden de la elección de otros hombres, también a menudo de oficio poco claro, si no es que sea equivoco o inconfesable; y delegan en ellos una voluntad imprecisa. De esos tales sale mañana un ministro de Fomento; el cual, cuando no es ministro de Fomento es, un cuarto, abogado; un cuarto, agitador; un cuarto, financiero; un cuarto, periodista. Y éste, con otros de un mismo tipo social, es el que resuelve los problemas que afectan a los plateros, a los sastres, a los maestros de escuela, a los artistas, a los curtidores, a los médicos, a los herreros, a los alfareros y a los encuadernadores. Luego hay los «genios», que no quieren ser más que genios; y los apóstoles, sin otra manera de vivir conocida que el apostolado. Luego hay las cor-

tesanas y las cupletistas, y los cómicos sin estudio, y los escritores sin humanidades, y los *amateurs*, y otros hombres y mujeres igualmente inmorales; porque no han sido aprendices como tú, hijo mío, y en nada llegarán a ser maestros, como tú llegarás.

Las repúblicas antiguas sabían apreciar mejor los oficios y las artes, y su especialidad y valor. En la vieja Florencia nadie tenía derecho a residir sin estar inscrito en uno de los gremios o cofradías de artesanos o titulares. Tanto, que Dante Alighieri en persona, para no verse en el caso de salir de allí, hizo registrar su nombre en la corporación de los boticarios. Hoy las cosas pasarían al revés. Los necios hombres del día hemos dispuesto un juego hábil de opiniones y de instituciones de manera tal, que cualquier boticario puede inscribirse, sin dificultad, en la categoría de los Dantes Alighieri.

LA cantidad de energía de espíritu que se emplea—y, por consiguiente, que se gana—en las funciones del más modesto de los oficios, es inmensa. Veamos un ceramista, por ejemplo. El ceramista es aquel que, como nuestro patrón Bernardo Palissy, toma materias rocosas y quiere llevarlas a utilidad y belleza, en el estado de sutil tenuidad. Lo primero que hace para tal fin es lavar las materias que ha escogido. Esta operación del lavaje comprende dos momentos: el del desleimiento y el de la decantación; entre las gentes del oficio deben de tener nombres especiales; yo no los he aprendido todavía, pero quiero aprenderlos.

Viene luego la preparación de la pasta. Esta preparación comprende: calcinación, distribución, empleo del tamiz, porfirización y secamiento. Luego se entra en el trabajo de mezcla, en el cual hay que distinguir la dosificación y la mezcla propiamente dicha. En seguida es cuestión de un amasamiento. En fin, se utiliza la putrefacción.

Cierto, hijo mío, que, después del amasamiento, la pasta se encuentra ya en las condiciones de ser empleada inmediatamente. Pero, según opinión de los doctos, gana en calidad cuando se la conserva en masa durante mucho tiempo, mejor durante años, en lugares que se hallen en constante estado de humedad: en una bodega, por ejemplo. Entonces las pastas experimentan lo que hemos llamado «putrefacción». Porque, en cierto modo, las pastas que componen el preparado se pudren. Esa fermentación se acelera maravillosamente cuando son humedecidas las pastas con zumo de estiércol o con agua panta-

nosa. Todo eso trabaja la materia, la acomoda a la obra de arte, la hace dócil a tu albedrío. En el zumo del estiércol de hoy hállanse secretos de la belleza magnífica de mañana. Y, por obra de él, ¡oh amigo mío el Aprendiz!, penetra en la inerte pasta cerámica la soberanía del espíritu.

Repito que tales operaciones deben tener nombres especiales, a la vez populares y técnicos, seguramente encantadores y tan llenos de sabor como de sabiduría (que *sabor* y *sabiduría* son tal vez una misma cosa), nombres que lloro por no conocer. Pero poco fuera informarse de ellos con sólo preguntarlos y por mera curiosidad: hay gran pecado contra la santidad de las artes en cada acto de diletantismo. Los hombres que practican los oficios poseen sus secretos, que no gustan demasiado de publicar; y precisamente para defender a la vez la fraternidad entre ellos mismos y su aislamiento enfrente de los demás, aislamiento de clase, aislamiento

jerárquico—su aristocracia pura—, han inventado inconscientemente un lenguaje propio, que los profanos no pueden ni deben penetrar. La clase de los ceramistas permanece, en el fondo, más cerrada que la clase de los marqueses. Y es bien 'que así sea. Porque el Rey o el Papa pueden llamar al primero que pase por la calle y hacerle marqués; y, en muchas ocasiones, este marquesado no resultará demasiado mal. Pero hacer del primero que pase por la calle un ceramista, dígola empresa mucho más difícil.

A pesar del interés de clase de los ceramistas, yo, que tengo también el mío—el de mi clase, la de los *glosadores*, a quien nada debe ser extraño, interés contrario al de aquéllos, por una vez—, he logrado averiguar, no sin copia de esfuerzos, que la utilidad de esa putrefacción a que antes me refería, dista mucho de ser, en la fabricación de la cerámica, un dogma profesional. No falta quien alegue el

hecho de que algunas fábricas de porcelana, que por exigencias de expedición se han visto obligadas a emplear pastas a las que faltaba esa última etapa de preparación, pastas de preparación reciente, han reconocido después que los objetos elaborados así no eran más defectuosos que los otros. Sin embargo, la opinión general entre los competentes es que las pastas antiguas se fabrican mejor que las nuevas. Los chinos conservan las pastas cien años antes de trabajarlas. En la misma Europa, y para la fabricación más selecta, se han utilizado alguna vez pastas dejadas envejecer durante una generación, y que ha utilizado la generación siguiente.

Porque, muchacho, el esfuerzo de una generación sola, poco puede. Nunca ha bastado: ni para construir una Nación; ni para construir una Cultura; ni para construir una simple taza de porcelana, si ha de ser una taza de porcelana perfecta, sin tacha ni reparo.

HAS crecido, muchacho, y otros regalos te convienen. Días fueron cuando te daba figurillas de Belén. Hoy he dispuesto para ti esas fotografías de capiteles románicos, ese par de libros. Pasa los ojos por las imágenes. Proceden de claustros catalanes del siglo XII. Las esculturillas nos dan un trasunto vivo del trabajo manual en aquellos tiempos. Trasunto exacto, piadosamente minucioso. Es delicioso de ver. Mira, mira reunida aquí, la síntesis de los oficios de la construcción. Adivina aquí toda su humildad, toda su nobleza, toda su santidad. El perfume de muchas vidas calladas nos llega, a través de ochos siglos. Capiteles de la Seo de Ge-

rona, capiteles de San Cucufate del Valle. El Arca de Noé se construye. Figurillas de carpinteros que pulen la madera con garlopas; de picapedreros, bien asentados en taburetes y que se valen de morteros; de escultores, que manejan una maza de forma cilíndrica; de leñadores, con sus hachas; de labradores, con sus rastros y zapapicos; de albañiles, que trajinan el agua en una jarra de forma especial, suspendida entre dos palos; de astilladores, que construyen la nave. Y Adán que, arrojado del Paraíso, empuña, bravo, su azadón, mientras a su lado, Eva, campesina hacendosa, hila pacientemente la lana.

De los libros, uno es de Bernardo Palissy, de quien ya te hablé tanto. Se llama *De l'art de la terre, de son utilité, des esmaux et du feu*. De Palissy es una máxima que yo me complazco en citar. Aquella que dice que «si la agricultura es conducida sin filosofía, eso equivale a violar cotidianamente la tierra con todas las subs-

tancias que ella contiene». El otro libro es el sublime *Trattato de l'Orificeria*, de Benvenuto Cellini. Pero este, no, vale más que no te lo regale. Porque la edición que tengo entre manos es italiana. Y el italiano, hijo mío, por ilusiones que tú te forjes de que podrías leerlo sin esfuerzo, no lo entenderías aún. Que también para entender el italiano se necesita un aprendizaje, se necesita haber sido aprendiz. Hay muchos que se figuran que no, y que es cuestión de vivacidad y de listeza. Son como los otros que se figuran que es cuestión de vivacidad y de listeza el arte de escribir, el de pensar filosóficamente, el arte de pintar y el de escribir discursos o comedias. Pero nosotros sabemos que a toda obra humana, a cualquier formación o producción, convienen aprendizaje largo y seria y terca disciplina.

Del tratado de Benvenuto, pues, no veremos otra cosa que su noble comienzo; y su noble comienzo será nuestro terminar.

Mira, mira cómo se abre el libro del orifice con algo semejante a los que nosotros llamamos *Calendarios platónicos*¹. Con una lista y apología del glorioso linaje de los artifices florentinos, diciendo de cada uno el nombre y especialidad y cualidades y fama; y de los mejores, la vida y anécdotas... Siempre lo mismo, siempre lo mismo: profesión es aristocracia. Como el noble las gestas de sus antepasados, he aquí el orfebre, que cuenta las gestas de sus predecesores orfebres en la ciudad artista. El rey de España no está más orgulloso de la valentía de San Fernando que lo está nuestro florentino de la habilidad prodigiosa de Antonio, *figliolo d'un pollaiuolo*, de los otros orfices de la repú-

¹ El autor ha aconsejado, a veces, como buen instrumento de formación espiritual propia, la redacción de lo que él llama *Calendarios platónicos*, en cuyo santoral cada cual debe escribir los nombres de aquellas figuras o acontecimientos del mundo de la cultura, que patrocinan su vida.

blica. Mira, mira desfilan a nuestros ojos la procesión pomposa y enérgica. Primero, son los promotores insignes de la restauración de las artes, aquel magnífico Cosme de Médicis, *soto il quale se mostrò quel gran Donatello, scultore*, y aquel gran arquitecto Pippo di ser Brunellesco. Después comparece el cabeza de la dinastía, Lorenzo Ghiberti, el primero que es llamado *veramente orefice, a la gentil manera del suo bel fare, e maggiormente en quella infinita puliteza et estrema diligenza*. Ghiberti, el autor de aquellas puertas del batisterio de Florencia que Miguel Angel comparaba a las del Paraíso. Y a Ghiberti siguen: Antonio, *figliolo d'un pollaiuolo*, y siempre nombrado así, tan excelente en su arte, que pintores y escultores se valían de los dibujos que él había compuesto; Maso Finiguerra, que se sirvió también de los dibujos de Antonio, pero que no reconoció rival en su especialidad práctica; Amérigo, esmaltador, que

se sirvió también de los dibujos del Pollaiuolo; Michelangiolo, orifice de Pinzidimonti, hombre honrado y que *lavorò molto unito universalmente et assai bene legava joie*; Bastiano di Bernardetto Cennini, que, por muchos años, esculpió los modelos de las monedas florentinas; Piero, Giovanni y Remolo, hijos todos del Goro Tavolaccino, *furno orefici et erano fratelli*; de quienes cuenta el Cellini que, en el año de 1518, las arracadas y otras joyas que pulían los tres hermanos no eran igualadas por nadie más. He aquí en seguida Stefano Saltaregli, que murió joven; Zenobi, hijo de Meo del Lavacchio, que murió más joven aún, a los veinte años, cuando apenas le pugnaba la barba; Piero di Ninno, que se especializó en fabricar cinturones de los que los campesinos regalaban a sus mujeres, y que se vió anonadado, cuando ya era viejísimo, por la publicación de una ley que prohibió el empleo de tales cinturones, y así murió, *parti di paura di*

non si avere a morire di fame e parte per una paura che gli for fatta una notte. Después, Antonio di Salvi, *ancora lui de' nostri Fiorentini... Fu un valente praticone nelle con delle grosserie e mori vecchissimo*; Salvatore Palli, que también murió viejísimo, y no llegó jamás a abrir tienda; Salvatore Gnosconti, que *fu molto universale, messimo nelle cose piccole.* Vienen en seguida algunos selectos miembros del noble linaje: Donatello, que también fabricó orfebrería, como igualmente el arquitecto Brunellesco durante algún tiempo; Lorenzo delle Golpaie *mirabile nomo*, el cual *fu un mostro di natura*, quien mostró su grande virtud en un reloj que hizo para el magnífico Lorenzo de Médicis, en el cual los siete planetas se movían y giraban, tal como los del cielo hacen; y así, dice el Cellini que el singular artista conocía tan bien los secretos del cielo y de las estrellas, que propiamente parecía que allí hubiera estado. Viene en seguida Andréa

del Verrochio, que fué maestro de Leonardo, y así puedo decir, ¡oh aprendiz mío!, que artesanos han existido que han sido maestros de filósofos... Y todos estos fueron florentinos, «florentinos de los nuestros». También se refiere en seguida el Cellini a algunos ilustres forasteros de la ciudad: al Martino el primero, el cual fué ultramontano, de nación tudesca. Este alemán, cuenta graciosamente el autor del *Tratatto*, tuvo noticia de la fama obtenida en todo el mundo por «nosotros, italianos» y *virtuosamente e con gran disciplina, si misse a volar fare la detta arte.* Y *questo uomo de bene hizo molto opera.* Y como él mismo se conociera que a la belleza no podía llegar, dióse a tallar *molte storiète, molto bene composte e molto bene e virtuosamente osservato le ombre e i lumi*, y que *secondo la maniera tudesca*, resultaban bellísimas. También Alberto Duro probó y ensayó. Y Antonio de Bologne y Marco de Ravenna; el primero

fué discípulo de Alberto Duro y le siguió al principio; pero después vió los dibujos del gran Rafael, pintor, y dióse en seguida a trabajar *al buono e vero modo italiano*, observando las maneras y estilo de los antiguos griegos «los cuales, en esas cosas, supieron más que nadie».

Así enumera el gran Benvenuto a «los hombres de que se tiene noticia y que operaron mejor que los demás». Y ya te he dicho que con la lectura de esa página magnífica de blasón en la aristocracia de la competencia, íbamos a dar término a nuestro conversar. Tú, hijo mío, harás estrella de tu vida la noble ambición de poder te llamar, en el linaje de trabajo que sea el tuyo, el igual de tan altos varones. Si te dabas a menospreciar y semiabandonar tu oficio, y, por ejemplo, te inscribías en un Ateneo y pronunciabas un discurso, pronto tu nombre andaría por los papeles. Pero la verdadera gloria no está aquí. La verdadera gloria estará en que, dentro de

cuatro siglos, el ojo curioso o conmovido de un lector encuentre rastro de tu nombre o de tu obra y de lo que él y ella trajeron de excelencia o de mejoría, en un tratado sobre el oficio que ahora ejerces y que constituye la razón y la dignidad de tu vida.

Todo pasa. Pasan pompas y vanidades.
Pasa la nombradía como la obscuridad. Nada quedará a fin de cuentas, de lo que hoy es la dulzura o el dolor de tus horas, su fatiga o su satisfacción. Una sola cosa, Aprendiz, Estudiante, hijo mío, una sola cosa te será contada, y es tu Obra Bien Hecha.

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE I. CUADERNOS DE TRABAJO:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la Residencia contribuir a la labor científica española.

1. EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. EL PROBLEMA DE LA CERÁMICA IBÉRICA, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
3. Un profesor español del siglo XVI: JUAN LORENZO PALMIRENO, por *Miguel Artigas*.
4. BAQUILIDES. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
5. CONSTITUCIONES DE LA BAILÍA DE MIRAVET (1328). Edición de *Galo Sánchez*.
6. EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

SERIE II. ENSAYOS:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. MEDITACIONES DEL QUIJOTE. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por *Manuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. DICCIONARIO FILOSÓFICO PORTÁTIL, por *Eugenio d'Ors*.
5. LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, por *Federico de Onís*.
6. EL ARTE ESPAÑOL, por *Manuel B. Cossío*.

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta, Pío Baroja, Gabriel Alomar, etc.

SERIE III. BIOGRAFÍAS:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
2. VIDA DE MIGUEL ANGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOY, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.

SERIE IV. VARIA:

La Residencia se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Publicado.) No se vende.
2. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas.
3. JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas.
4. UN PUEBLECITO, por *Azorín*.
5. APRENDIZAJE Y HEROISMO. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors*. (Publicado.) 2 ptas.

EL SACRIFICIO DE LA MISA

POR

GONZALO DE BERCEO

EDICIÓN DE

ANTONIO G. SOLALINDE

Precio: 1,50 ptas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO

LECTURA DADA

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

POR

EUGENIO D'ORS

No se vende.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE

POR

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

MEDITACIÓN PRELIMINAR

MEDITACIÓN PRIMERA

Precio: 3 ptas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR
COMIQUE

CONFÉRENCE FAITE

A LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

PAR

M. ANDRÉ PIRRO

Precio: 1,50 ptas.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS

POR

AZORÍN

Precio: 3,50 ptas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS EN
MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS
PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA

POR

MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA

Precio: 4 ptas.

APRENDIZAJE Y HEROISMO

LECTURA DADA

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

POR

EUGENIO D'ORS

Precio: 2 ptas.

FIESTA DE ARANJUEZ

EN HONOR DE

AZORÍN

DISCURSOS, POESÍAS Y CARTAS

Precio: 1,50 ptas.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 15 DE MAYO
DE 1915



